

clavo, el elegido de mi corazón, y de un lecho de tristeza y de servidumbre, el lecho de mis bodas. Y en mi eden, olvidada de todo, menos de mi amor, hubiera pasado la vida eternamente feliz, á no venir tu servidumbre, y revelarme en sus clamores tu dolor y mi desgracia. Y te digo, padre mio, en mi disculpa; si Alhá condenara el amor de mahometana á cristiano, de princesa á esclavo ¿tenía mas que impedirlo? Si la hoja del árbol y el ala del insecto; si la gota de lluvia y la estrella del firmamento, no se muven sin su permiso, ¿podrá moverse nuestro corazón y eximirse á su divina voluntad? Me inspiró Dios y sentí sus inspiraciones. Padre mio, perdon.

Y la jóven se echó á los piés de su padre, despues de este discurso, encaminado con astucia femenil á implorar y obtener su perdon. El viejo Sultan, tras los primeros arrebatos de la ira, cayó por una reaccion natural en el desmayo subsiguiente á las emociones exaltadas é intensas. Asi es que levantó la mano, señaló la puerta, y dijo con imperio á su hija esta sola palabra.

—Véte.

—No puedo irme sin tu bendicion.

—Ya te he maldecido, hija proterva.

—¡Padre mio!

—Has deshonrado mi nombre, has comprometido mi corona, has hecho mil pedazos el corazón de un mancebo ilustre, has escandalizado el palacio, has encendido en contra nuestra todas las pasiones de la ciudad; has entregado tu preciada doncella á los inmundos animales de las mazmorras. No reaparezcas delante de tu padre hasta la hora del tremendo castigo que habrá de infligir á tu perversidad. Los imperios caen, las razas mueren, ¿lo creerás? por culpa de la mujer. El nombre de una Cava, señala el término de los imperios cristianos, como ahora en este mismo instante, el nombre de una Zobeiya, anuncia el término de los imperios musulmicos. Tú has venido á matar mi dinastía en Túnez, que no puede ya salvarse sino purificada por un gran castigo y un gran sacrificio. No me alteres mas de lo que estoy. Vete de mi presencia si quieres huir á mi alfange. El primero de mis impulsos es descaberte; hija proterva. Mas te enterraré viva donde nadie vuelva á verte, y descabearé á tu seductor. Él, y solamente él, tendrá que pagarlas todas juntas. Véte, mujer procaz, véte en seguida, si no quieres morir ahora mismo.

—No me voy sin obtener el perdon de mi amado.

—Pues si no quieres irte sin obtener el perdon de tu amado, sabe, infame, como antes, mucho antes, pasarán los cielos y los astros, que mis cóleras y mis venganzas.

—¡Señor!

—No me irrites.

—Pues no me muevo de tus plantas.

Y la jóven se asió á las rodillas de su padre.

—Véte.

Dijo el padre, y cogiéndola de ambas manos, la tendió en tierra sin piedad, la arrastró con ímpetu por el pavimento, la arrojó fuera de la estancia con furor, cerró la puerta con fuerte golpe; y herido por la resistencia misma que interiormente necesitaba vencer para golpearla de aquella suerte, dió dos ó tres pasos como si acabara de recibir una herida y cayó desplomado como si hubiera muerto.

Naturalmente, en aquella férrea persona del Sultan no podian durar mucho tiempo estas emociones, y á poco se repuso. Levantóse, pues, del suelo, miró á una klepsidra que tenia muy cerca y se extrañó del breve desmayo, parecido en su turbacion á un sueño eterno. Vuelto en sí, desasido un tanto de la ira furiosísima que le embargara, procuró reconectar todas sus facultades en un solo pensamiento, en salvar su corona y su honra de aquel amargo trance, si es que habia para la honra en el mundo ya alguna salvacion posible. Orientóse antes de todo, como suelen los buenos creyentes musulmanes, y convirtió el rostro hácia el templo antiguo que Abraham, ayudado de Ismael, consagró al Señor. Y como se acercara la oracion del medio dia, lavóse las mejillas y metió los brazos en agua hasta el codo. Y como para conciliarse á Dios comenzó á decir en una salmodia murmurada entre dientes que Dios es vivo y eterno; que el sueño no se acerca á sus párpados; que posee cuanto existe en los cielos y en la tierra; que solo revela de su majestad y de su ciencia una mínima parte; que su trono tiene las bases en los abismos insondables y las cimas en los cielos invisibles. Y hechas las abluciones rituales, y dichas las plegarias de súplicas dió una palmada para llamar á los esclavos y les dijo que le trajeran inmediatamente el cautivo cristiano. Con la celeridad y la prontitud propias de los palacios de Oriente, aun no habia dado la orden, cuando ya estaba cumplida. El cristiano apareció en presencia del Sultan. Enamorado este de la literatura arábigo-siciliana, habia estudiado, al par de la lengua en que estaban escritas las sagradas suras, la lengua en que estaban escritos los tercetos cristianos. Y poseia con verdadera competencia y hablaba con verdadera soltura la lengua italiana, llegada en el siglo décimo-quinto á una gran perfección y á una verdadera hermosura. Así, en cuanto tuvo al poeta en su presencia, díjole en su lengua estas amarguísimas palabras.

—Te recogí en el mar y te salvé de la muerte. Venido aqui, díjete cautivo mio, porque á título de tal podias vivir en mi familia y habitar en mi palacio. Pero te permití que discurrieras á tu antojo por mis jardines, y

que gozaras toda la libertad compatible con tu condicion y con tu estado. Discurrias de aquí para allá, y aun pintabas, segun me han dicho, y te lo permitia, aunque lo primero fuera derogatorio de la etiqueta de mi casa y lo segundo derogatorio de las leyes de mi culto. Y tú ¿qué has hecho? ¡Infame! Tú has atentado á mi honor; tú has cogido del tallo y has manchado la rosa mas bella de mi jardín; tú has profanado á mi hija destinada en el deseo de su padre á reinar en Túnez y á tener por esposo al príncipe mas cumplido y mas caballeroso del África. No quiero deshacer mis sesos en lágrimas inútiles, ni desahogar mi corazon con quejas y reconvenciones perdidas. Á mal tan grave no hay sino ocurrir con remedio radical y presto. Caballero cristiano, ó la conversion al islamismo y el casamiento con mi hija, ó la muerte. ¿Por qué, por qué cogiste la flor de su virginidad en cuanto lograste alcanzarla con tu aleve mano?

Filippo no se atrevia á replicar con réplica ninguna, porque, en realidad, la reconvencion del Sultan era irreplicable. Pero, con su natural penetracion, á una ojeada miró el artista toda la profundidad del abismo á que estaba abocado y se creyó perdido para siempre. ¿Cómo aceptar creencia tan enemiga de sus creencias, cual esa religion musulmana? ¿Cómo, él, adorador de la plástica, dejar el culto de las formas bellas por el culto del espiritismo vago, completamente contrario á las inspiraciones del arte? Aun concebía en el estado de su ánimo y en las ideas de su tiempo pasarse del cristianismo al paganismo; vestir la túnica de lino acompañada de una corona de verbena en las sienes y de una lira de plata en las manos; asistir entre los coros de vírgenes que entonarían cánticos griegos y trenzasen religiosas danzas, al sacrificio donde en trípode artística se ofreciera junto al ara mármorea cincelada por Praxisteles y por Fidias la ofrenda de hidro-miel á un dios sereno y hermoso tallado en el Penthelico y arruyado por el zumbido de las abejas áticas y por el exámetro de los versos pindáricos. Pero pasarse del cristianismo al mahometismo, imposible, imposible, imposible. Encontrábase en la plenitud completa de su genio. Y habia compuesto ya el San Juan Bautista del Carmine, encendido en esperanzas mesiánicas, y que hablaba expresando toda la exaltacion de la fé y todo el ardor de la juventud, si no con los labios, con los ojos, de la religion cristiana; y habia compuesto el Nacimiento del palacio de los Médicis, donde en el establo en que está la cuna del Salvador se mezclaban las aves del aire con los ángeles del cielo y los corderos y los pastores del aprisco con los potentados y los reyes de la tierra y habia compuesto en Santa María Primerana por la plaza de Fiessole, una Anunciacion, cuyo ángel, no solo traía la buena nueva, sino tambien la hermosura perfecta de los cielos; y habia compuesto en la Puerta de la Señoría aquel San Bernardo de las cruzadas, Bautista del pobre pueblo en el feudalismo, como al Bautista podria llamársele el San

Bernardo, el anunciador, el predicador de Cristo en el desierto; y habia compuesto en el Santo Espíritu de Florencia una Virgen con querubines y serafines que la contemplaban desde el Empíreo y con santos y doctores que la adoraban de rodillas; y habia compuesto el cuadro de Proto, donde la reina de los astros, alabada por tantas letanias en la sucesion de los siglos, brillaba con todo su brillo místico bajo las líneas reales y en las facciones humanas de Lucrecia Butti; y habia compuesto aquel fresco en el cual aparecia San Estéban, encabezando con su lapidacion las legiones sagradas de los mártires; y habia compuesto tantos y tantos cuadros religiosos, dignos por la pureza florentina del dibujo, por la hermosura real de la expresion, por la variedad casi veneciana del colorido, por el sentimiento casi griego de la naturaleza, dignos, decia, de contarse entre las mas bellas expresiones que del ideal ha dejado la pintura para honra del arte. ¡Y con gloria tan grande podria precipitarse á locas en apostasia tan escanda'osa! Pasion funesta, que degeneró en verdadero y abominable vicio, lo perdió triste y miserablemente. Y dotado de la mas exaltada fantasia, esta facultad, creadora de las obras perdurables, pero tambien de las esperanzas engañosas, le arrastró á simas tales que no pudo sondearlas en toda su profundidad hasta despues de haberlas recorrido desde sus vertiginosas alturas al negro y pavorosísimo fondo. Sabia de memoria aquel aforismo de Thales que señala á la voluptuosidad como madre natural del dolor, pero á la manera que se saben tantas cosas, apenas aprendidas, y ya olvidadas. Lo cierto es que Filippo debia llamarse y lo era realmente, un libertino en toda la extension de la palabra. El doble hervor de su fantasia y de su sangre le llevaban á encenagarse en vicios de sensualidad que le traían toda suerte de males y lo extraviaban en toda suerte de complicaciones. Su cerebro, semejante á un hervidero de ideas, que, apenas brotadas, se convertian ya en una serie de risueñas imágenes; su corazon apasionado de las formas y de los colores hasta el delirio; la continua sobreexcitacion de su mente creadora, animada de un fuego interior; el móvil y continuo oleaje de sus sensaciones varias, habian hecho de Filippo un sér profundamente lúbrico, cuya pasion no encontró ningun freno ni en las prácticas ni las enseñanzas de una esmerada educacion. Pero hay que decirlo para honor suyo, en medio de este desarreglo, una sola pasion contenia todas sus pasiones, el amor acendrado á Lucrecia Butti. Si, en vez de impedirse su posicion y sus votos, le facilitarán el matrimonio, fuera el desordenado pintor uno de los hombres de mas orden interior en su vida y en su familia, uno de los esposos mas fieles y mas constantes en las virtudes domésticas. Todas las inclinaciones de la juventud, exacerbadas luego por los incidentes trágicos de la edad madura, se hubiesen convertido al arte y se hubieran purificado en el amor. Pero nacido con grandes inclinaciones á vivir para la pasion mas exaltada entre todas, la cual necesita de una satisfaccion legítima, y refrenado por un

voto irrevocable; su amor, que debiera ser el lazo de flores propio para retenerlo en mundo de hechizos y de encantos, fué la pesada cadena cuyos eslabones lo tenia ceñido y atado á un verdadero infierno. Sus sentidos necesitaban la posesion tranquila y legítima de una beldad amada para encontrar la necesaria calma; sus afectos necesitaban de un amor, en cuyo fuego todos se acrisolasen; su imaginacion necesitaba de una musa para que inspirara ideas artisticas y las sometiera á los consejos de la razon y á las voces de la conciencia; su vida toda necesitaba de esa compañera que la ilumina con sus ojos, que la hermosea con su sonrisa, que la rocia con sus lágrimas, que la endulza con sus consuelos, que la dilata con sus esperanzas, que la diviniza con sus plegarias. Pero no puede fundarse la felicidad del hogar sobre el huracan de las pasiones desatadas. La primera virtud de un amor tranquilo se encuentra en la seguridad de no sufrir mudanzas; y la seguridad de no sufrir mudanzas se encuentra en el culto eterno á lo que existe de inmortal en cada amante, la conciencia y el alma. En el amor feliz sintiera la calma y en el amor desgraciado sentia la incertidumbre; en el amor feliz la esperanza y en el amor desgraciado la desesperacion; en el amor feliz la luz celeste que necesitan los ojos de un artista y en el amor desgraciado las tinieblas de una ceguera perpetua; en el amor feliz la fijeza de su dicha y en el amor desgraciado la volubilidad natural en quien busca emociones por todas partes á ver si encuentra en ellas á sus dolores ó el calmante tranquilizador ó el eterno olvido. El amor, en que hubiera predominado la parte moral sobre la parte fisica como el amor correspondido y legitimado de Lucrecia, lo salvara. El amor inconstante, volandero, amigo de sensaciones, en que la parte fisica dominara sobre la parte moral, ¡ah! lo perdió para siempre. Las dos almas que Dios creara, una para otra, se hallaban de todo en todo separadas por los votos religiosos y las leyes sociales. De aquí las aventuras innumerables que llenaron de dolores la vida y el alma de Filippo. Mas entre ellas, no la hubo tan triste, tan trágica, tan extraña, como la que atravesaba en aquel supremo instante. O tenia que convertirse al mahometismo ó tenia que abrazar la muerte. Dejar una vida en la flor de la edad, en el zenith de la gloria cuando todavía le quedaban muchas obras que hacer y muchas esperanzas que cumplir, terrible amenaza para un jóven y para un artista. Pero despedirse de la patria para siempre, indisponerse con todos los amigos del alma, renunciar á los laureles de la gloria, hacer dejacion del único amor sentido con verdadera constancia, sacrificar la religion de los padres, el culto aprendido en la infancia, el sol interior de la conciencia, el Dios en cuyo regazo se espera encontrar la gloria sin eclipse despues de la muerte ¡oh! era un sacrificio al cual no se prestaba en manera alguna un hombre que podia tener cuantos extravíos sensuales se quisiera, pero compensados con puros arrebatos de artista. Filippo no podia defenderse de las justas acusaciones del Sultan; no

podia decir que tendió su mano á una flor entregada completamente á su discrecion; que hincó el diente en la fruta caída sobre sus lábios; que satisfizo un amor descendido á buscarle en su mazmorra; y que cualquiera, en igualdad de circunstancias, no siendo un santo, hubiese hecho lo mismo, arrastrado casi por una fatalidad superior á su albedrío. Pero otro, que no hubiera sido él, en tanto aprieto, discutiera, rogara, argumentara: su conocimiento del mundo, su don artístico de la oportunidad, su experiencia de la vida, su adivinacion del natural de aquellos semitas inaccesibles á toda reflexion y á todo raciocinio, le aconsejaron lo que mas cuadraba á su dignidad: callarse noblemente y aceptar resignado la muerte. El Renacimiento resucitó una de las virtudes que la antigüedad tuvo en mayor grado: la virtud de saber morir. Ya que su muerte estaba dispuesta por Dios y por la ley, no quiso Lippi profanarla ni ennegrecerla con ninguna debilidad. Tampoco quiso disculpar las propias debilidades con la debilidad de la pobre niña que llevara á su prision algunas horas de placer, ya que no de amor. Y tras larguísimo silencio, con ningun gesto de impaciencia interrumpido por el Sultan, y mucho menos con ninguna palabra, dijo Lippi estas solemnes frases:

—Señor, mi resolucion está tomada. Antes mi Dios que mi vida. En el espantoso dilema que V. A. me ha propuesto no puede vacilar mi conciencia. Acepto la muerte.

El Sultan, á pesar de la ira que despertaran en su pecho las ofensas inferidas á su honra, no pudo menos de admirar la entereza de su resolucion y por lo mismo, no pudo menos de contemplarlo con cariñosísima contemplacion. Y tras esta mirada profunda, díjole con cierta uncion estas palabras, tristísimas para un monarca y para un padre:

—Mucho admiro tu fortaleza, y mucho, en verdad, la envidio. Aunque esté resuelto á perderte, no quiero regatearte los elogios debidos al vigor de tus creencias y á la fidelidad á tus juramentos. Pero no olvides que has herido de un solo golpe tu corazon y mi corazon; no olvides que te has condenado á tí mismo á muerte y que tambien has condenado á mi hija.

Al oir esto lanzóse Filippo á los piés del sultan, abrasóle con efusion las rodillas, y le dijo con persuasiva expresion:

—Ya has visto, señor, cómo me he resignado á tu voluntad y he acogido sin murmuracion alguna tu sentencia. Haz de mí lo que quieras; envíame cuando te plazca y como te plazca al otro mundo. Mi crimen no tiene mas excusa que el ardor de esta mi sangre florentina y la hermosura de esa tu incomparable hija. Pero márame á mí que la he seducido, á mí que la he engañado, á mí que la he perdido; y déjala á ella en paz: que aun pue-

de y debe encantar tus días. Conténtate con mi sangre. Satisface la vindicta de tu reino y la indignacion de tu pueblo, con mi yerto cadáver. Desahoga en mí todas tus iras. Pero no toques á la hermosa niña, toda inocencia, toda amor, toda pasion, que se ha enredado, por ignorancia quizás del mal que te hacia, en las redes tendidas á su virtud, por un probado y experto seductor. Mucho amo la vida; mas no me importa perderla por mi honor. Lo que ha de amargar mis últimos momentos y ha de hacer horrible mi agonía, será pensar cómo hieres de mi propia herida y matas de mi propia muerte á esa blanca paloma. Señor, perdónala, si no por mí, por tí mismo. Considera que es tu sangre, tu carne, tu alma.....

—Vuelve á tu prision, dijo el Sultan, y prepárate á bien morir. No me hables mas, porque no puedes quebrantar ninguna de mis resoluciones. Déjate de encarecerme cuán terribles son mis deberes de imperante, porque hartó lo sé y y hartó lo lamento. Vé á tu mazmorra, y prepárate á la muerte.

En efecto; Filippo, viendo la inutilidad de toda nueva súplica, hizo una gran reverencia, y salió con ánimo resuelto de la estancia. El Sultan, así que lo vió salir, se entregó á todo su dolor, y comenzó á llorar á rienda suelta. Á los pocos minutos, entró un esclavo nubio, y dijo:

—Señor, desea ver á V. A. con grande insistencia, el noble florentino Guido Montaperto.

—Qué entre.

Y en efecto entró el anunciado.

—Señor.....

Dijo inclinándose profundamente.

—Caballero.

Le respondió el Sultan.

—Sé cuanto os ha sucedido con el hombre á quien acabais de despedir.

—¿Y qué?

—¿Deseais para él un castigo correspondiente á su crimen?

—Lo deseo.

—Pues entregádmelo á mí.

—¿Para qué?

—Para que pueda desahogar una pasion, cuyas mordeduras me atencan el alma, la venganza; y hacer que ese malvado sufra en su cuerpo y en su alma todo cuanto ha hecho sufrir á V. A.

El Sultan respondió, al oír esto, con una exclamacion que, en realidad, nada definia ni aseguraba.

Y el caballero continuó en su súplica.

—Francamente, dijo, yo daria cuanto me pidieran, mi corona de príncipe, mi título de nobleza, mi castillo mas fortificado, mi propiedad mas cuantiosa, los días mejores de mi vida, hasta la bienaventuranza, por satisfacer esta intensísima pasion y castigar á ese hombre que me ha robado toda mi dicha. Cuando V. A. lo encontró en alta mar, habíalo arrojado yo á los peces. Os debia la vida y os ha quitado la paz del hogar y ha herido la virtud de la familia. Ved si es funesto y si debeis satisfaceros con un vulgar castigo. En cuanto supe que aquí se encontraba, vine, porque ha de perseguirle mi sombra en este mundo y en el otro hasta que sacie y satisfaga mi venganza. Entregádmelo, pues, y vereis que el vampiro no chuparia su sangre como la chuparia yo; que el tigre no despedazaria sus carnes, como la despedazarian mis uñas y mis dientes.

—Yo vengo mi agravio, castigo el crimen contra mí, satisfago mi propia venganza. Yo le castigaré pues. Déjame.

Y Guido salió despechadísimo al ver desechada su inútil é improcedente demanda.